



LA MASONERIA EN AMERICA LATINA

Roberto Bosca

rbosca@austral.edu.ar

Este tema de la masonería es un asunto difícil de abordar por varios motivos, y es arduo en primer lugar porque la masonería constituye una realidad compleja, multiforme y heterogénea; para empezar no hay una sola masonería que pueda identificarse como la representación exclusiva de una identidad. En segundo lugar, es difícil porque existe otra dificultad en la identificación ante la ausencia de datos fehacientes y accesibles por el investigador. Si no contamos con los datos necesarios mal podemos conocer una identidad, aunque en los últimos años es mucho lo que se ha avanzado en este aspecto.

Pero hay algo más que complica enormemente la labor cognoscitiva, y este factor distorsionante es el que se intentaré clarificar en un primer tramo. Quiero decir que, en tercer lugar aparece un nuevo elemento que es una consecuencia de esos dos primeros, entre otros, y que es lo que los estudiosos de la comunicación llamarían el ruido o la suciedad en el proceso comunicativo.

La masonería como mito

La masonería es hoy por hoy, aun en nuestra cultura del conocimiento y de las comunicaciones, una realidad no sólo poco conocida, sino mal conocida, o sea que estamos ante un objeto de estudio en el que tenemos que apartar lo que corresponde al mito, lo que quiere decir una apariencia que oculta o deforma lo real, la verdad objetiva.

El mito ha acompañado a la masonería desde sus mismos orígenes. No voy ahora a detenerme en por qué esto ha sido así, sino que me voy a reducir a tomar nota del asunto, porque me parece imprescindible para una mejor inteligencia de lo que voy a exponer más adelante.

El mito es siempre un recurso al facilismo, es decir, una simplificación de la realidad, y en este detalle reside también parte de su contundencia. En el caso de la masonería y en muchos otros, el mito es tan fuerte que reemplaza a la realidad en el imaginario social. Cuando esto ocurre, esa fuerza del mito impacta tan profundamente que lo hace prácticamente indestructible, debido sobre todo a su irracionalidad. Se instala de una manera que aunque se perciba su irrealidad, siempre queda un resquicio en los espíritus que determina que se les siga prestando crédito como si fuera verdad. Por lo tanto los argumentos racionales no pueden imponerse porque no es la racionalidad lo que sostiene al mito. La argumentación racional se estrella con la solidez del imaginario, dejando siempre la sombra de la duda, aun cuando la refutación sea evidente a la inteligencia.

Para comprender la cuestión del mito en la masonería debemos situarnos en su naturaleza, en el propio formato o especie del mito que conforma esta visión mítica de la masonería. El mito masónico se inscribe en la llamada teoría del complot, que responde a una característica de tipo psicológico y que en sus formas patológicas se

estudia en la psiquiatría como el delirio de persecución o manía persecutoria. La teoría del complot se sustenta en una mentalidad que cree percibir o que tiene una sensación (como digo se trata de actitudes que están fuera de la dimensión de la racionalidad) de un enemigo emboscado en las sombras que mueve todos los hilos de la realidad.

Según la teoría de la conspiración o teoría del complot o teoría conspirativa de la historia, toda la vida de los pueblos estaría gobernada por la *sinarquía*, un oculto poder de dominación mundial que a lo largo del siglo pasado se presentaba caracterizado o integrado por la perversa coalición de la masonería, el judaísmo y el comunismo: la trilogía del mal. Estos elementos son variables: pueden entrar aquí otros como la *Trilateral Commission* e incluso se ha incluido a la propia Iglesia católica. Esta visión proviene de concebir la vida social como un teatro de marionetas movido por manos invisibles al servicio de secretos designios de poder.

Esta formulación es la más difundida, pero existen una infinidad de versiones que sin ser tan arquetípicas recogen los elementos esenciales de esta misma fórmula. Quiero decir que muchas personas que rechazan un esquema tan lineal por parecerles muy simplista, suelen pensar que sin ser exactamente así, “algo de eso hay”.

Esto es así porque la teoría del complot parte de la actitud de sospecha de que la realidad visible siempre oculta una realidad invisible que es la realidad real y que lo que se nos presenta ante nuestros ojos es en realidad una apariencia. Esta percepción descansa, en el caso de la masonería, en la realidad del secreto masónico, o si se prefiere, en el estilo de discreción que es propio de la masonería. Muchas, muchísimas veces esto es así, o sea la teoría del complot parte de una verdad, pero la absolutiza y la convierte en un paradigma interpretativo, y en este punto consiste su falsedad.

El mito y el prejuicio

En otro sentido, la teoría de la conspiración reconoce también una enorme variedad o cantidad de matices. Una de estas versiones por ejemplo es la sostenida por el antisemitismo, o sea el prejuicio (otro elemento fuertemente irracional), es decir un concepto previo de animadversión, odio o menosprecio por el cual se piensa o se sostiene que el factor dominante en ese dominio social es el judaísmo, o en todo caso más estrictamente el sionismo. Cabe acotar aquí que en el discurso integrista y específicamente en el enunciado antisemita resulta relativamente frecuente encontrar una conexión entre el judaísmo y la masonería.

Si bien es verdad que ambos son objeto de una especial animadversión en los ambientes integristas, debe advertirse que tampoco la teoría conspirativa es ajena a los nuevos aires de una corriente ascendente que se configura esta vez a la izquierda del espectro ideológico como una edición progresista del *mix* de nacionalismo, autoritarismo y populismo que tuvo su cenit en los años treinta y cuarenta en todo el mundo.

Las doctrinas conspirativas centradas en el judaísmo tuvieron en el siglo veinte su expresión más intensa en el nacionalsocialismo, y aunque históricamente fueron derrotadas, de ningún modo pueden considerarse superadas, como lo ha mostrado recientemente, y ya ingresados en el siglo veintiuno el caso Williamson y en general la pervivencia del negacionismo. Estas nuevas ediciones de la teoría

conspirativa están siendo impulsadas actualmente desde el fundamentalismo islámico y han asomado tímidamente también en el populismo chavista, y entre nosotros en algunas líneas internas del kirchnerismo.

Lo que quiero mostrar con estos ejemplos es que las teorías del complot no anidan únicamente, como mucha gente cree, en los movimientos políticos más radicales de la derecha, sino que se encuentran igualmente en la izquierda, quiero decir que no son un patrimonio exclusivo de los extremismos ideológicos sino que están difundidas incluso en su esencia en todo el cuerpo social sin distinción de clases o ambientes sociales. Una muestra de su pervivencia es el éxito alcanzado por el best seller mundial *El Código Da Vinci*, que se intenta reeditar -me parece que sin tanta fortuna- en nuestros días con *Angeles y Demonios*.

Se puede completar la explicación psicológica de esta actitud en la consideración de una actitud muy humana: ¿se acuerdan cuando éramos muy chicos y nos descubrían en una travesura? Lo primero que decíamos era: *yo no fui*. Esta negación reside en la humana necesidad de que alguien o algo ajeno pueda ser inculpado de ser el autor de los males que afligen a la sociedad. Les podría dar una gran cantidad de ejemplos de esta realidad, que interesa en primer lugar a la vida privada y no solamente a la vida pública. Es un mecanismo defensivo, que como digo responde a nuestra humana naturaleza. Si algo nos sale mal en nuestra vida, y ahora estamos hablando de adultos, ya encontraremos una excusa para eximirnos de la responsabilidad que nos cabe en el caso.

Un mecanismo complementario se encuentra también en la actitud de adornarnos con el prestigio del sufrimiento inmerecido: es la victimización (o el victimismo), por la cual el sujeto se sitúa estratégicamente en una situación de indemnidad o en sea que busca situarse en una posición favorable, en la actitud de un ser inocente ante la desgracia, y este recurso muchas veces nos permite sobrevivir, salir adelante, aunque es engañoso porque tiene costos muy altos en las personas y en las sociedades, principalmente porque el mecanismo conspiracionista funciona como una transferencia de la responsabilidad. No es la ocasión de entrar ahora en el tema, pero puede pensarse en el caso argentino, tan peculiar donde siempre se sataniza un grupo social: los políticos, los militares, los peronistas, el imperialismo, las transnacionales...lo importante es la satanización es: siempre alguien ajeno a nosotros es el culpable de nuestros males.

El signo cristiano de los valores seculares

Dicho esto, y ya centrándonos en la temática específica de esta noche, podemos trazar ahora un marco conceptual que permita tener una visión global de la masonería en el contexto de la política de América Latina. En esta tarea resulta interesante formular algunas distinciones que apuntan a poder tener una mayor claridad sobre una cuestión que aparece surcada de equívocos y malinterpretaciones de la realidad.

Partimos de la afirmación de que el papel político de la masonería también en Latinoamérica está sobredimensionado por la leyenda y el mito, pero el rechazo del mito no puede tampoco llevarnos a la actitud contraria. Los masones han cumplido un rol fundamental en la política latinoamericana, no solamente en el proceso emancipador.

Al entrar en este terreno no puedo dejar de referirme a un problema que se relaciona con el punto anterior y que es el de las relaciones entre la masonería y la Iglesia católica, una historia borrascosa que no es del caso tratar aquí pero tampoco se puede omitir sin dejar de lado un elemento muy importante en la realidad política de la región.

El proceso de independencia de los países latinoamericanos responde a múltiples factores y la discusión historiográfica ha registrado un enfrentamiento entre quienes atribuyen una influencia ideológica a las corrientes ilustradas personificadas por Jean-Jaques Rousseau y quienes la personifican en el jesuita Francisco Suárez como representante de la escuela española del derecho natural.

Sin entrar en esta discusión, -ya superada- y sin negar la presencia suareciana, no puede desmerecerse la primacía del influjo ilustrado en todo el itinerario no solamente revolucionario sino en el posterior de las organizaciones nacionales y en el de la consolidación de las jóvenes naciones como repúblicas independientes y soberanas, todo ello en un arco histórico que llega hasta el día de hoy.

En todo este proceso aparece como un telón de fondo la tensión entre la línea ilustrada, donde casi invariablemente se sitúa la actuación política de los masones, y la matriz católica que había conformado todo el periodo anterior desde el momento mismo de la colonización y a lo largo de tres siglos en toda el área culturalmente latina de América. Pero es verdad también que estas líneas se entrecruzan, porque la realidad es más rica y más compleja que los estereotipos.

La mayor embestida contra la fe, o si se prefiere contra la expresión social de la fe en la modernidad surge con la Ilustración, un movimiento cultural que encarna una nueva forma de ver el mundo bajo la primacía de la razón. La masonería sería algo así como la matriz o la cocina de la Ilustración. La identificación católica con el Antiguo Régimen determinó que los legítimos cuestionamientos ilustrados contra la monarquía absoluta, la desigualdad social fundada en las diferencias de sangre y en general la aspiración de una organización más justa de la sociedad, involucraran inevitablemente a la Iglesia.

Esta tensión no solamente se produjo por la oposición de dos concepciones diversas sobre la sociedad humana, sino también por un juego de equívocos al que dio lugar el clericalismo propio de la visión tradicional de la cristiandad y su lógica consecuencia reactiva en el anticlericalismo, que encuentra en la masonería su principal motor.

En este trágico equívoco los ilustrados no alcanzaron a percibir que el ideario que ellos sostenían representaba una suerte de secularización del cristianismo, y que el mismo expresaba una herencia de los valores genuinamente cristianos, en primer lugar: *libertad, igualdad y fraternidad*.

Al mismo tiempo, la consolidación de una lógica actitud defensiva en la Iglesia ante la hostilidad ilustrada, unida al clericalismo, presentaría esos mismos valores de libertad, igualdad y fraternidad, desde la ortodoxia católica, como una negación del mensaje cristiano, sin advertir también que constituían valores propiamente evangélicos.

La creciente sensibilidad acerca de las exigencias de la dignidad de la persona, y de sus derechos, que late en las ideas ilustradas, no deja de reconocerse en un *humus* cristiano que sirve de base a la modernidad, no obstante hallarse subsumido en un concepto absoluto de la autonomía de lo temporal, que resulta negatorio de las enseñanzas morales de la Iglesia. De este modo, la visión de la fe cristiana que muchos ilustrados poseyeron, fue el motivo por cual la Iglesia católica fuera considerada, de la mano de Voltaire y los enciclopedistas, como un obstáculo para la plena realización humana. En este contexto, Rousseau y su “Contrato social” aparece como el gran referente político de la Ilustración.

Pero la Ilustración constituiría un fenómeno enormemente complejo y en tal sentido parece poco sensato trazar un juicio único y desprovisto de matices. Ciertamente, como lo subraya el historiador Mariano Fazio, la modernidad no representó en sí misma una pretensión de suprimir la fe, y sus direcciones radicalmente ateístas surgen en un estadio relativamente tardío de su desarrollo. El espíritu iluminista en sus mejores expresiones consideró la fe en Dios como condición indispensable para la virtud y la felicidad, aunque se rechazara la posibilidad de una verdad revelada y sus criterios morales tal como eran presentados por la Iglesia de su tiempo.

Hay que considerar que bastantes enfrentamientos entre la Iglesia y la masonería respondieron a una lucha por el poder o la influencia social y que la misma Iglesia ha terminado reconociendo aunque sea implícitamente la legitimidad o la razonabilidad de al menos algunos principios del ideario masónico, como la educación estatal y el matrimonio civil (si bien este último ha perdido casi totalmente significación en la posmodernidad), pero aún hoy, como ayer, sigue rechazando los presupuestos filosóficos que en bastantes casos alentaron ese ideario, básicamente el sentido excluyente de la dimensión religiosa de la existencia humana en el escenario público, que es lo propio del laicismo.

Aunque la sensibilidad tanto de los masones como la de los católicos ha cambiado en relación a las rencillas del pasado, no hay que pensar que ahora no existan diferencias entre ambos. Aunque la masonería muestra un deseo de reconciliación con la Iglesia, aún hoy se percibe en ella el signo de la exclusión: una voluntad de que la sociedad esté regida por las creencias masónicas y no las cristianas, que en algunos casos coinciden y en otros no, puesto que son inconciliables.

La Ilustración católica

La consideración de ciertas categorías ilustradas no inhibe comprender también ciertas actitudes que se dieron entre los cristianos y concretamente entre los católicos argentinos y en general latinoamericanos durante el proceso revolucionario.

Los datos son elocuentes: junto a las ideas liberales, incluso laicistas, las constituciones latinoamericanas profesan de ordinario no solamente rasgos del ideario masónico sino el catolicismo como religión del Estado, los congresos que las elaboran y que declaran las independencias comienzan con un solemne *Tedeum*, con la asistencia de las asambleas en pleno, los juramentos eran rubricados con sincero fervor religioso, y las advocaciones marianas eran hasta entronizadas en las banderas y nombradas generalas de los ejércitos patriotas del sur de Río Grande hasta Ushuaia con una

profusión llamativa para los secularizadas visiones de la posmodernidad. Este cuadro se repite en toda la región.

Estos sencillos ejemplos muestran la acendrada tradición católica del pueblo americano y no solamente una concesión política de las élites ilustradas gobernantes, por otra parte frecuentemente integradas por clérigos y frailes, cuando no por terciarios o miembros de asociaciones piadosas. Esta situación fue revirtiendo a lo largo del siglo XIX, cuando se consolida una influencia masónica en la política latinoamericana.

Si los nuevos titulares del poder político profesaron un pronunciado regalismo, en más de una ocasión lo hicieron en rechazo de un ilegítimo clericalismo y enfrentando una defectuosa concepción de la autonomía de lo temporal que aún no había terminado de reconocerse en plenitud por parte de la autoridad eclesiástica, y si ellos -los gobiernos revolucionarios-, se mostraron celosos en reivindicar supuestos derechos patronales, no lo serían más que sus antecesores los cristianísimos reyes españoles.

Esta realidad no pretende desconocer la influencia de concepciones de cuño masónico que representaron valores hostiles al mensaje evangélico. Es también verdad que los advenientes titulares del poder en el nuevo mundo fueron hijos del siglo y en tal sentido no dejaron de asumir las ideas ilustradas en diverso grado, pero en la mayor parte de los casos buscaron –y en muchos casos encontraron- su conciliación con las enseñanzas de la Iglesia; y raramente estas búsquedas significaron una apostasía de la fe. En esta dirección es que ha comenzado a difundirse de un modo aún un tanto precario una expresión no exenta de cierta ambigüedad, dada la naturaleza compleja del fenómeno, bajo la categoría de “Ilustración católica”, para designar una realidad propia del proceso revolucionario latinoamericano.

Una considerable porción de fieles profesantes de sinceras convicciones cristianas, se vieron inclinados a asumir elementos de la nueva ideología, por ejemplo la libertad de expresión o la libertad religiosa, sin que ello significara en su conciencia suscribir necesariamente sus presupuestos naturalistas e inmanentistas incompatibles con esa misma fe. Otras veces, sin querer abandonar de un modo expreso su pertenencia a la Iglesia, terminaron haciendo concesiones a corrientes racionalistas, y se vieron afectados por criterios jansenistas, galicanas y episcopalistas que comprometían la *libertas Ecclesiae* o incluso desmerecían la coherencia de una concepción cristiana de la vida. Se puede decir que prácticamente en todos los casos se trataba de fieles cristianos, y creo que ellos fueron, en general, sinceros en sus convicciones religiosas y también procuraron ser fieles a sus idearios políticos.

Es verdad que bastantes de estos hombres fueron masones y que en algunos casos sostuvieron criterios opuestos al magisterio, pero en otros ellos creyeron sinceramente que sus creencias cristianas no se contraponían con su membresía de las logias, que sus convicciones políticas liberales no eran un obstáculo para su fe religiosa y que ellas no contradecían en absoluto las enseñanzas evangélicas aun cuando afrontaran una oposición de la sede romana.

En este panorama tan variopinto, la influencia de la masonería sin duda ha sido exagerada por el mito, pero tampoco puede ser puesta en duda. Así lo muestran no sólo los catorces presidentes masones argentinos, (que no persiguieron a la Iglesia ni se

mostraron especialmente confrontativos con las instituciones de una sociedad cristiana), sino los numerosos masones que actuaron y tiene participación importante en la política latinoamericana, desde Hidalgo, Benito Juárez y Sucre hasta Salvador Allende, José López Portillo y Víctor Raúl Haya de la Torre.

En una síntesis conclusiva, creo que es posible mirar la historia política latinoamericana como una integración de la tradición cultural española de matriz católica, con el paradigma ilustrado, representativo del trilema de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Esta integración se hizo, naturalmente, al calor de encuentros y desencuentros, y creo que todos hemos aprendido de esa historia.

A partir de nuestras mutuas identidades y de nuestras mutuas diferencias, todos hemos construido lo que tenemos. Me parece que una enseñanza de esta construcción histórica es que, mirando al futuro, y atendiendo al magisterio sapiencial de un ilustre filósofo latinoamericano, debemos hacer de nuestras mutuas discrepancias, puntos tan fuertes de unión como pueden haberlo sido y como pueden serlo hoy nuestras mutuas coincidencias.